

Caducidad y Perennidad

Lic. José González Campo.
Guatemala.

Hay en el Antiguo Testamento, en el Libro de los Jueces, una bella parábola poco conocida, llamada Apólogo de Jotán, llena de sabiduría política. Hela aquí: "Pusiéronse en camino los árboles para ungir un rey que reinara sobre ellos, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Contestóles el olivo: ¿Voy yo a renunciar a mi aceite, que es mi gloria ante Dios y ante los hombres, para ir a mecarme sobre los árboles? Dijeron, pues, los árboles a la higuera: Ven tú y reina sobre nosotros. Y les respondió la higuera: ¿Voy yo a renunciar a mis dulces y ricos frutos para ir a mecarme sobre los árboles? Dijeron, pues, los árboles a la vid: Ven tú y reina sobre nosotros. Y les contestó la vid: ¿Voy yo a renunciar a mi mosto, alegría de Dios y de los hombres, para ir a mecarme sobre los árboles? Y dijeron entonces todos los árboles a la zarza espinosa: Ven tú y reina sobre nosotros. Y dijo la zarza espinosa a los árboles: Si en verdad queréis ungirme por rey vuestro, poneos a mi sombra, y si no, que salga fuego de la zarza espinosa y devore a los cedros del Líbano".

Y en verdad, los autócratas suelen ser espinos. No dan aceite como la oliva, ni aromados frutos como la higuera ni uvas embriagantes como la vid. Pasan como azotes, poniendo pesadas cargas sobre el hombro de sus pueblos, incapaces de dar el aceite dorado de una administración honrada; pasan como ráfagas de tormenta sin poder dar el dulce mosto que sacia la sed de justicia de los oprimidos. En la selva oscura de la política, los cedros del Líbano son los hombres que se destacan por sus virtudes, los que no doblegan la frondosidad de sus copas centenarias ante la fatua soberbia de los amos de un día. Y son los cedros del Líbano, por desgracia, los árboles que primero devora el fuego de la barbarie, revestida con la clámide de los césares. Las zarzas espinosas se aprestan a escalar los puestos de mando, estimuladas por la abstención de los buenos árboles. La noble misión de los olivos, de las higueras y de las vides la cumplen otra estirpe de hombres: los héroes, los sabios y los santos.

Ortega y Gasset, en un brillante ensayo intitulado "Mirabeau o el Político", hace observar que: "Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, pobreza de intimidad, dureza de piel, son las condiciones orgánicas, elementales,

de un genio político. Es ilusorio querer lo uno sin lo otro, y es, por lo tanto, injusto imputar al grande hombre como vicios sus imprescindibles ingredientes". Los políticos cuando no son genios, y los dictadores, cuando no son genios ni políticos, tienen todos esos ingredientes, sin poseer ni una sola de las virtudes que dan alteza a la mira de los genios.

Este reinado de la indecencia tenía que pasar, dijo Arévalo Bermejo durante los nebulosos días de su propaganda política. Después de más de veinte años de haber sido pronunciadas esas palabras de insidia demagógica, podemos repetir las con más justicia. Todo reinado de las zarzas desemboca en la muerte, dejando el ambiente corrompido de sus lacras. "Nada de lo que ha sido volverá a ser", dijo Jorge Sand en una de sus cartas a Alfredo de Musset. El tiempo es un océano de olas que pasan y la historia se empeña en perturbar. La historia es un panteón de nombres gloriosos, pero también de nombres execrables. Entre ambos extremos se agita una masa informe de héroes ignorados y de hombres, sin lápida, que se hunden en el polvo sin la más leve resonancia. Con acento impregnado de belleza, Thomas Carlyle meditaba: "Cuando dirijo mis ojos a las estrellas, las veo contemplarme con lástima desde la serenidad y el silencio del espacio, como con ojos que brillan con lágrimas sobre la pequeñez del hombre. Miles de generaciones, todas tan ruidosas como la nuestra, han sido devoradas por el tiempo, y no queda ya memoria de ellas". Y esas lágrimas de las estrellas muchas veces deben ser de ira, más que de compasión.

Con las generaciones que desaparecen pasan también los regímenes, las camarillas, las leyes, las costumbres y las instituciones. En el siglo XIX se vivía como en un sueño, al influjo de la filosofía liberal, que hacía creer en el curso ascendente e ilimitado del progreso, y en la libertad como una conquista asegurada para siempre y para todos los hombres. Hoy, avanzada ya la segunda mitad del siglo XX no podemos ser tan optimistas. Después de las dos guerras mundiales, caminamos entre las sombras de una filosofía de la desesperación. Ante el desprecio del hombre por el hombre, del desconocimiento de la dignidad del hombre, ante el derrumbe de la moral, en un mundo mecanizado que avanza,

todos los males son posibles, incluso el suicidio de la humanidad. Nos envanecemos de las instituciones democráticas y de los derechos humanos; pero en ese orden, en vez de un avance progresivo, bajo muchos aspectos hemos lamentablemente retrocedido. En la antigüedad se levantaban murallas para la defensa de las ciudades contra enemigos extraños, hoy existe una muralla de Berlín que es "un atentado contra los derechos humanos", como la llama la Comisión Internacional de Juristas de Ginebra. No se ha levantado para evitar la irrupción de enemigos de afuera, sino la salida de los hermanos de adentro. Hoy naciones enteras se convierten en cárceles mediante murallas y telones que separan la libertad de la barbarie. Breno se levanta de su tumba para proferir de nuevo su implacable: "Ay de los vencidos". Ya no hay la hidalguía de un abrazo de Vergara, sino campos de concentración y listas proclamadas, que despiadadamente sumen en la angustia a los hombres y a las familias. En nuestras tiranías tropicales para desterrar a un ciudadano, se dictaba una disposición y se le sacaba de su hogar y de su patria, llevando consigo lo necesario. Y para poner en la cárcel a un enemigo político, se le capturaba por agentes de la autoridad sin ocultar su paradero. Después de la revolución de octubre, bajo el régimen del socialismo espiritualista, a los exilados se les tiraba en las fronteras semidesnudos, y a los prisioneros se negaba estuvieran en las cárceles, para hacer extensivo su dolor a los padres, las esposas y los hijos. Con cuánta razón Aldous Huxley en "Un mundo feliz", exclama: "Había una cosa llamada cristianismo y había también una cosa llamada Dios..."

Todo reindo de las zarzas espinosas es perecedero, aunque el dolor que causan les sobrevive. Sólo el Bien y la Verdad tienen vida eterna. Antal Schütz, en "Dios en la Historia", escribe: "Hay algo que es más fuerte que toda muerte, que todo perecer; y eso es la entrega absoluta del espíritu a los ideales más elevados". El Apólogo de Jotán tiene una réplica magnífica en el Nuevo Testamento: la parábola viva de la corona de espinas. Hay en la creación un derroche de belleza, como hay en la Pasión del divino Nazareno un derroche de dolor. Dios nada hace, ni nada permite al azar; y este dolor de la sangrienta coronación no parece sino estar dedicado con amorosa predilección a todos aquellos que ciñen sus sienes con las áureas coronas del poder. Todo puesto de mando es corona de espinas, lo mismo en los Estados que en las familias. El poder no es un derecho sino un deber: no es un beneficio sino un sacrificio...

Cielo y mar son las dos bellezas más grandes de la naturaleza que nuestros ojos humanos pueden ver. La Pasión y la Muerte de Dios son las dos bellezas más deslumbradoras que nues-

tra mente puede contemplar. Hay en el Dolor infinito una belleza conturbadora y trágica. Los reyes de la tierra, los que tienen el terrible poder de levantar o de aplastar a sus hermanos, de enjugar lágrimas o hacerlas derramar, deberían estremecerse ante la soberana majestad del Rey de los cielos coronado de espinas.

Corona de espinas, de punzadoras espinas, es todo puesto de mando porque implica la responsabilidad inherente a todo poder de decisión, cuando se tiene un sentido claro de lo que se quiere y de lo que se debe. Corona de espinas es tomar sobre sí la preocupación de todos en el "noble esfuerzo de civilizar —que es la lucha de cada día por defender al hombre contra todas las desdichas que sobre él se ciernen" (1). Corona de espinas ciñe las sienes del jefe empuñado en iniciar un albor de historia en los pueblos que han vegetado al margen de la misma. Corona de espinas es gobernar en nombre de Cristo, para hacer blando el yugo de la ley y ligera la carga del deber. Creo que fue Víctor Hugo quien dijo que "el hombre no nació para arrastrar cadenas, sino para desplegar alas".

Una de las más terribles calamidades que pueden sobrevenir a una nación es que advenedizos escalen el poder, como suele suceder en las aventuras revolucionarias, porque, como afirma Alfonso Reyes: "sólo las figuras cargadas de pasado están ricas de porvenir" (2). Los advenedizos abonan los surcos de la iniquidad para la proliferación de los histriones y de los demagogos.

Hay dos historias: la de los que viven en función de su orgullo, de la carne, del dinero y de su voluntad de dominio, y la del verdadero cristiano, para quien lo que se verifica en el tiempo, no es tan sólo una sociedad humana, sino un destino divino del hombre. (3) A través del verdadero hombre de Estado obra el espíritu; a través del advenedizo actúa sólo el apetito. Las rosas pronto se marchitan, mientras las espinas perduran. Los gobernantes que se coronan de rosas pasan sin dejar huella; los que se coronan de espinas abren rutas sin término, porque obran el milagro de realizar en la sociedad humana la verdad divina.

Si el Apólogo de Jotán nos advierte que los cardos y las espinas son como predestinados a ejercer la odiosa tarea del gobierno, la parábola viva de la corona de dolor y de oprobio de Jesús nos enseña que las espinas pueden florecer en rosas, cuando se gobierna en nombre de Cristo. El abogado Andrés Salgado Ruiz Tapiador, en un ensayo sobre "La Participación del Jurista en el desarrollo económico y social de su

(1) Jean Daniélou.—"El Misterio de la Historia".

(2) Alfonso Reyes.—"Tertulias de Madrid".

(3) Jean Daniélou. Obra citada.

país bajo el imperio de la ley" que obtuvo el primer premio en un certamen convocado por la Comisión Internacional de Juristas, escribe: "Nadie hasta hoy ha sido capaz, no digo de solucionar el problema social (lo cual sería bajar el cielo a la tierra), pero ni siquiera de mejorarlo de una manera efectiva. Bajó Dios a la Tierra y nos dio los supuestos para nuestro mejoramiento: "Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado". Nosotros hemos recogido sus palabras para imprimirlas en papel, en vez de grabarlas con sangre en cada uno de los momentos de nuestra vida".

Se habla con frecuencia de hacer patria, que al fin de cuentas es hacer historia; pero ni la una ni la otra las hace el hombre mediocre sino el genio. Hacer historia es edificar para el futuro. "Una patria es una misión en la historia, una misión en lo universal". (4) Y cuántos políticos, cuantos hombres que han envilecido el poder, pasan sin brillo y sin gloria porque no han sabido elevarse sobre la miseria de sus bajas apetencias!

Somos pueblos sub-desarrollados, porque nuestros hombres de gobierno no han sabido enfrentarse a la triste realidad de nuestro medio, ni resolver los más graves problemas de nuestra sociedad. Quiero referirme, por vía de ilustración, al problema fundamental, que es la incorporación del indio a la civilización. En un discurso, pronunciado el 15 de septiembre de 1929, dije: "Debe haber en los Estados un principio de unidad. Maurice Hauriou, en un interesante estudio sobre los fundamentos de dicha unidad, —recientemente publicado en la Revista de Derecho Público que edita el Instituto de Rumania— señala como factores de aquella, en primer lugar, un elemento coercitivo, o sea el Poder Público; luego, un elemento consensual, o sea la unidad espiritual de la Nación; y, por último, un elemento ideal, o sea la gestión de los intereses colectivos". "El dualismo de la vida primitiva frente a la vida civilizada que ofrecen nuestros pueblos, vicia por su base dichos elementos, haciendo nugatoria la consolidación de la nacionalidad sobre los postulados de la verdadera democracia". (5)

Han pasado más de cuarenta años y el problema sigue insoluble, y este problema lleva involucrados otros urgentes y fundamentales, como el del analfabetismo, el de la salubridad y la mortalidad infantil y el de la vivienda. Pasarán otros cuarenta y seguiremos en la misma. Desgraciadamente, el indio y el analfabeto son factor determinante en nuestras farsas electorales.

Cristianamente, debemos amar a los indios, nuestros hermanos; pero no para explotarlos ni para servirnos de ellos como escala para llegar al poder. Somos un pueblo dividido en indios y ladinos, separados, separados por una muralla de incompreensión que en más de un siglo no hemos sabido derribar. Para borrar esa división, debemos comenzar por vestir a los indios como ladinos. Mientras el indio se vista de indio, se seguirá sintiendo indio y nos verá con los ojos con que los siervos miran a los amos. Fomentar el uso de esos trajes por sus colores vistosos es sólo propaganda y medio eficaz de convencer a los turistas que en verdad somos pueblos retrasados. Para que haya unidad de población o todos nos vestimos de indios o todos nos vestimos de ladinos.

Renán, en una conferencia sobre el tema ¿"Qué es la nación?" dijo: "Una nación es un alma, un principio espiritual" y más adelante: "El hombre no se improvisa. La Nación, como el individuo, es la coronación de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de renunciamentos. La existencia de una nación es un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida" (6). Alma dividida es alma mutilada. Plebiscito significa libre adhesión y consentimiento, diálogo y fraternidad. Para que todo ello sea verdad viva, es necesario que el indio sea educado para pensar, orar y alimentarse como los ladinos y, sobre todo, para comprender y vivir ese postulado de la civilización que se llama solidaridad social.

Hay otra tarea silenciosa, de espíritus cultivados, negada a la mediocridad: educar a los pueblos con el ejemplo de una vida al servicio del imperio de la ley, de la supremacía de la Constitución; pero, sobre todo, de respeto a la ley divina de no obrar el mal y hacerlo todo por amor; vivir bajo la suave claridad del sol de Justicia; velar por los intereses colectivos como si fueran propios y administrar los bienes nacionales como si fueran bienes personales; ser, en una palabra, en todo momento testigo de Dios. Con un admirable sentido de profundidad, el Padre M. Raymond, llega a esta desconcertante afirmación: "¡Con cuánta frecuencia olvidamos nuestra propia identidad! Hablamos del "país", del "Estado", del "Gobierno", de la "Iglesia" ¡como si no formáramos parte de ello! Necesitamos comprender que lo que dijo de sí Luis XIV, y que se juzga una tremenda arrogancia y una exageración egoísta, era literalmente cierto ¡y con la misma certeza puede decirse de cada uno de nosotros!" (7). Es terriblemente cierto que el mundo es lo que somos cada uno de nosotros.

(4) José Antonio Primo de Rivera. "Discursos".

(5) José González Campo. Discurso Oficial.

(6) Gustave Thibon. "Nietzsche o el declinar del espíritu".

(7) Antonio Batres Jáuregui. "La América Central ante la Historia".

El Rey de Francia dijo: "El Estado soy yo". Qué feliz sería nuestra patria si al decir: "Guatemala soy yo", lo pudiéramos decir con el aval de una vida verdaderamente cristiana. La vida, pura o corrompida, moral o cínica, del hombre de Estado tiene un incalculable valor de contagio. Bajo el régimen de un presidente ladrón surgen con crecimiento espontáneo los ladrones y el país se convierte en la cueva de Alí Babá de las mil y una noches. Y lo que afirmamos de los

gobernantes que toman los millones de las cajas del Erario para ponerlos en sus propias cajas, puede afirmarse con relación a los otros vicios y a las virtudes que les son opuestas. ¿Quién ignora que el ambiente de vida republicana y libre que se respira en la hermana república de Costa Rica fue vivificado con el sano ejemplo de los ilustres patriotas que se llamaron Cleto González Víquez y Ricardo Jiménez Oreamuno?

Textos, Novedades, Cuadros Religiosos,

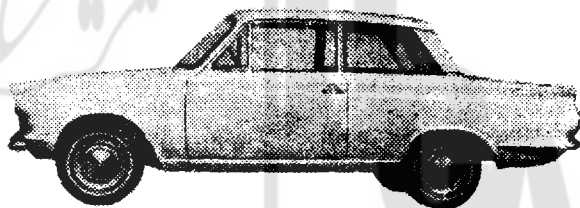
Objetos para Regalos, Imágenes, Útiles Escolares.

LIBRERIA HISPANOAMERICA

1ª Calle Oriente y 4ª Avenida Norte — Teléfono 5062 — Apartado 167.

SAN SALVADOR.

*Admire la nueva línea **Cónsul** 1964*



CONSUL CORTINA

Magnífica combinación de fuerza, robustez y amplitud, con capacidad para cinco pasajeros!

DISTRIBUIDORES:

COMERCIAL KEILHAUER, S. A.

Boulevard Ejército Nacional. Tels.: 3140-6300-3487